



JARDÍN DE ROSAS MUERTAS

JOSUÉ NAHUM GUZMÁN

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
SOLTAR LAS AMARRAS - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

JARDÍN DE ROSAS MUERTAS
© Josué Nahum Guzmán

Primera edición:
Septiembre 2025

Imagen de cubierta: *Style And Grace*, por Emile Vernon (French, 1872-1920)

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

PRÓLOGO	15
JARDÍN DE ROSAS MUERTAS	17
INTRODUCCIÓN	19
ACTO I	27
ACTO II	39
ACTO III	57



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura — el arte de la palabra escrita — nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

PRÓLOGO

¿Qué pasaría si Bernarda Alba hubiera nacido en Chihuahua? Esta es la pregunta que responde Josué Nahum Guzmán en *Jardín de Rosas Muertas*.

La obra acontece en algún lugar del Estado Grande, poco después de la Guerra Cristera. Catalina ha impuesto a sus hijas un luto de diez años tras la muerte de su esposo, durante el cual se han encerrado en la Hacienda sin encontrarse con el exterior. Actualmente, está a punto de abrir sus puertas otra vez, en una fiesta con los amigos más allegados.

Este punto de partida nos sonará conocido por las similitudes con la obra de Federico García Lorca. Sin embargo hay un ingrediente sorpresa en esta obra de teatro: si a Bernarda la guiaba su aspiración de clase y los ritos sociales; a Catalina, un sentido de justicia retorcido por sus creencias espirituales.

Catalina es más que una mujer andaluza con un deseo de superioridad social insostenible en el tiempo, su pensamiento es un poco más complejo que eso, pues no es una figura omnipotente como Bernarda, es una mujer violentada, a la que la mano de los hombres ha alcanzado. Cuando Bernarda se sostiene íntegra, Catalina está corrupta. La abnegación en la que vivía antes de la muerte de su marido, la imagen de mujer hacendada, de “señora de las Lomas”, no la protegió de las mentiras, las traiciones ni los deseos ajenos.

Alguna vez se ha dicho que las brujas de los cuentos de hadas, son las princesas que no tuvieron un final feliz. Pues de las vejaciones nació una bruja de Namiquipa, capaz de realizar una larga venganza de 10 años, a cualquier costo: las carísimas telas traídas desde Rubio, la salud mental de sus hijas, su vida, e incluso el paradero de su propia alma.

En este sentido, *Jardín de Rosas Muertas*, no es solo una obra teatral en tres actos. Es un ritual. Mientras sus hijas bordan los manteles para la fiesta, Catalina deshilacha la tragedia familiar. Si hay un hilo del destino con el que se tejieron los abusos, Catalina rompe cada puntada, embriagada en un vino Shakesperiano, que le da un cierre a su tortura.

El público también es cómplice, el público bebe con la familia, mientras encaja las últimas piezas de la historia de esta familia en silencio.

Silencio de un padre muerto. Silencio de una hija culpable. Silencio de una criada testigo. Silencio del público que observa sin poder hacer nada. La única que habla es Catalina, y lo hace para conjurar y maldecir a sus enemigos en nombre de Dios.

Lea con cuidado. Lo quiera o no, ya es parte de este jardín de rosas. Un error y podría alimentar a las flores de la discordia o, con suerte, ser solo una mariposa pasajera que logre volar por encima de la barda.

IRMA GISELA GUST MELÉNDEZ

JARDÍN DE ROSAS MUERTAS

INTRODUCCIÓN

Andando de viaje por los municipios de Cuauhtémoc y Namiquipa, tuve la oportunidad de visitar algunos hogares donde viejas fotografías adornaban la sala o los dormitorios. Me hicieron imaginar el pasado y con algunas charlas informales, mi mente empezó a esbozar esta historia.

Jardín de Rosas Muertas inicié a escribirla a principios del dos mil diez, poco apoco fui modificando diálogos y personajes, hasta que lograron madurar para culminar en esta obra que ahora tienes en tus manos.

Sueño con verla en escena, con diferentes perspectivas de directores tanto locales y nacionales. Conservando la esencia.

La historia gira en torno de una mujer que ha guardado el dolor por la traición, tanto por el hombre amado, como de aquellos que le sirvieron. Pudiera ser una Bernarda mexicana, inquisidora con sus hijas, temerosa de un enamoramiento que culmine con la fatalidad.

Al leer, descubrirás que de cierta forma influyó García Lorca dentro del imaginario, dramaturgo que admiro, pero también mi mente se conectó con los escenarios que alguna vez visité.

Gracias por tener en tus manos este libreto.

J. N. G.

A Dios por abrir los caminos.

A Pavis, quien me enseñó a perseverar y nunca desistir.

A esos amigos que creen en mí y alientan a seguir adelante.

*A aquellos que gracias a las piedras aventadas en el camino, me
han ayudado a ser resiliente y encontrar otras rutas.*

PERSONAJES:

Caricias. 23 años

Malta. 16 años

Alborada. 15 años

Margarita. 10 años

Adelina. 30 años

Odín. 10 años

Catalina. 45 años

Luis jose. 40 años

Emigdio. 25 años

Julissa. 40 años

Rodrigo. 50 años

Joaquin. 47 años

*Cualquiera puede dominar un sufrimiento, excepto el que lo
siente.*

—MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES, ACTO III, ESCENA II¹

*¡Que se derrame sangre, la voluntad de los dioses, que resbalen
mis manos!*

¡Quienes hayan probado tan dulce vino, querrán beber más!

—WILLIAM SHAKESPEARE

1. William Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, traducido por José María Valverde, Ediciones Cátedra, 2006.

ACTO I

En escena una estancia. Funciona como la sala, de una vieja hacienda en Terrero, Namiquipa, 1940.

Al centro hay una mesa con algunos adornos, rodeada de seis sillas de madera labrada dispuestas en semicírculo.

La pared del fondo está dominada por el cuadro de un hombre con saco estilo militar de la Guerra Cristera.

Algunos crucifijos, símbolos religiosos e imágenes de santos pueden adornar las paredes.

1

Entra a escena Caricias, lleva una canasta de costura en sus manos.

CARICIAS: ¡Muchachas, es hora del trabajo! ¡Vamos no sean flojas!, el trabajo nos ayudará a hacer más ligero nuestro encierro.

Entra Malta, otra canasta de costura y tela blanca en sus manos.

MALTA: No comprendo hasta cuando estaremos en este lugar. ¿Nuestra madre ha dispuesto que nunca salgamos? ¡Esto es un convento! Nosotras conocimos las afueras, sabemos de los árboles que rodean nuestra casa, de las haciendas que hay adelante, de cómo los chicos juegan enamorándose entre los árboles y las enramadas llenas de flores del campo que están rumbo al Picacho.

CARICIAS: ¡Calla! No seas insana, sólo son recuerdos tontos de muchacha necia.

MALTA: Las hermanas ni siquiera saben qué hay después de esa barda cubierta de madreSelva, nunca han salido. Nuestro patio es demasiado amplio, muy cierto. El jardín con sus rosales y rosas, pero es importante también conocer lo que hay allá afuera, ir a la capital o, aunque sea, a las fiestas patronales.

CARICIAS: A la muerte de mi padre.

CARICIAS: ¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria, nuestra madre nos ha protegido del mal!

MALTA: ¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria, nuestra madre nos ha protegido del mal!

CARICIAS: Deberías agradecerle que vigile nuestro bienestar, que nos cuide de sabrá Dios cuánto indio pata rajada o bandido desalmado haya cerca de aquí.

MALTA: Un día deberíamos tumbar las paredes y salir. ¿No piensas en una familia? ¿En un hombre que esté en tu lecho y caliente tu alma? A mis dieciséis ya me siento dejada, vieja, no quiero crecer amargada como tú, ni quedarme en esta casa a vestir santos de la capilla.

CARICIAS: Los hombres creen que las mujeres somos juguetes de piel que servimos para satisfacer sus ínfimos deseos, si un hombre estuviera en mi cama, estaría ahí porque lo estoy velando y preparando su entierro.

MALTA: ¡Yo sí quiero enamorarme! Quiero un joven en mi habitación (*una bofetada por parte de Caricias provoca el fin de la plática*).

CARICIAS: No hables más infamias o serás castigada. A bordar el mantel que la fiesta se acerca... quizá ahí puedas conocer a un hombre, aunque sea un efímero momento.

Las dos mujeres inician a bordar un mantel blanco. Entra un niño de diez años, muy flaco y pálido, en pijama.

ODÍN: Me siento mal, Caricias, me duele mi panza.

CARICIAS: Es por tantos jamoncillos que has comido.

ODÍN: Prepárame un tecito, me siento muy mal.

CARICIAS: Ve a acostarte; toma agua. Te prepararé el té luego, estoy muy ocupada. Esa dichosa reunión será en muy pocos días, aun no terminamos de bordar este mantel y sabes lo importante que para mi madre es ese festín.

ODÍN: Malta, tú ayúdame.

CARICIAS: Malta también está ocupada. Y madre le ha prohibido entrar a tu cuarto, si la ve nos castigará a todas. Esta sala es para mujeres, no para hombrecitos; a tu habitación.

ODÍN: ¡No entiendo qué les he hecho para que me traten tan mal! Un día de estos me iré lejos de ustedes. ¡No las soporto!

CARICIAS: Mide tus palabras, te estás ganando una reprimenda. Si te quieres ir, sólo muerto sales de esta casa. Aunque pensándolo bien, pronto podrás ser un jovencito libre.

ODÍN: ¿Qué tan pronto?

CARICIAS: Las rosas del jardín aun no florecen y necesitan abono, ¡tú puedes dárselo! Recuerda que nuestra madre así lo dice.

ODÍN: ¡Voy a mi cama!

MALTA: Me preocupa, cada día está más mal. Míralo: flaco y desparpajado...

CARICIAS: Preocupaciones tontas, ¡puras alucinaciones tuyas! El jarabe que madre le da está surtiendo su efecto, muy pronto se aliviará.

Entra Alborada con una cinta de medir en sus hombros.

ALBORADA: ¡Hermanas! ¡Hermanas! Uy, que hermoso mantel bordan hoy. Nuestra madre mandó traer de Rubio unas telas para hacer los vestidos, y, por encargo de mi mamá, les tomaré las medidas. Así que, por favor, puestas de pie. ¡Estoy muy emocionada, porque nunca había visto una fiesta! ¿Luciremos como las rosas? Al fin que, como dice mi madre: “¡Somos tan bellas como las rosas del jardín!”, ¿verdad? *(tomando medidas a Malta)*. Aunque siento temor.

MALTA: ¿Temor?

CARICIAS: ¿A qué?

ALBORADA: A quedarnos aquí.

CARICIAS: No sé por qué tienen tanto miedo a permanecer en esta casa, la familia es la única razón por la cual vivimos, ¡no necesitamos de ajenos!

ALBORADA: ¿Odín asistirá? ¿Tiene permiso de mamá para asistir a la fiesta?

CARICIAS: ¡No! Él está enfermo, deberá permanecer en su habitación. Alguna criada se encargará mientras de él.

ALBORADA: Siendo así, mejor para mí, no quisiera estarlo cuidando ese día. Sigán bordando, nos vemos al rato.

Sale.

Entra Margarita con una muñeca de porcelana en sus brazos. Se sienta en silencio y contempla el bordado.

MALTA: ¿Terminaste las servilletas?

MARGARITA: Se me ha acabado el hilo, además quiero descansar.

MALTA: Descansa entonces, enséñame tu trabajo.

MARGARITA: Lo dejé en el cuarto. Estaba viendo desde la ventana el jardín y me surgió una pregunta: ¿qué hay después de la barda?

CARICIAS: No hay nada.

MARGARITA: Me gusta sentarme a la ventana. Veo las aves volar hacia el otro lado, van y vienen cantando. Entonces me recuesto en mi cama y sueño que hay un hermoso jardín del otro lado con tantas flores como las que están en la pila. También debe de pasar un río en donde hay hadas que viven en las montañas. ¿Vive gente cerca?

CARICIAS: ¡No! Del otro lado de la barda hay un llano donde los nahuales se esconden en cuevas. Se comen a los

caminantes que van por el valle a los diferentes pueblos. Caminan entre los árboles y se dice que les gusta robarse a las niñas para volverlas brujas. Por eso nosotras no salimos, porque nos pueden atrapar y luego desaparecer.

MARGARITA: Si Odín sale... ¿qué le pasaría?

CARICIAS: Algún nahual se lo llevaría.

MARGARITA: ¡Me da miedo entonces!

MALTA: Ve a buscar a Alborada, te va a tomar medidas para hacerte el vestido del festín.

MARGARITA: ¡Sí!, ¿me acompañas? Tengo miedo que un monstruo entre a casa.

CARICIAS: No molestes a tu hermana, vete a terminar lo que estás haciendo, estamos ocupadas.

Margarita se *va*.

MALTA: (*Se levanta y avienta el costurero*) ¡Estoy harta de esta farsa! ¡De tantos engaños! ¡Cuánto más durará esta mentira!

Entra Catalina.

CATALINA: ¡Hasta que se mueran!

MALTA: ¡Madre! ¡Es injusto no poder disfrutar de nuestra juventud!

CATALINA: ¡Cállate! Eres una infame malagradecida que vive bajo mi sombra, cuidado y protección.

MALTA: ¡Cuanta maldad veo en este hogar! ¡Es una cárcel!
(*Catalina le da una bofetada*)

CATALINA: ¡Adelina!

ADELINA: ¿Sí, señora?

CATALINA: Llévate a esta ingrata a su cuarto. No podrá salir hasta que rectifique su conducta.

ADELINA: ¡Sí, señora!

MALTA: ¡Madre! ¡Madre! ¡Sólo quiero ser yo!

CATALINA: Bien sabes que no te quiero. ¡Ojalá te hubiera desechado de mis entrañas y enterrado entre los chamizos! No mereces estar frente a mi presencia. Soy tu madre sólo porque de mi vientre saliste.

MALTA: Entonces no me tenga aquí, ¡déjeme ir y volar, quiero disfrutar mi juventud! ¿Eso está mal? ¿Acaso es pecado?

CATALINA: ¡Adelina, apártala de mi vista! Enciérrala en la galera donde está el viejo tonel, entre las ratas, ahí en lo oscuro. O se le quita la rabia, o se muere con ella.

MALTA: ¡Madreeeee! ¡Madreeeee!

ADELINA: ¡Vamos, *mija*!

CARICIAS: Madre Catalina, la necesitamos para terminar a tiempo, castígale después, ahora no. ¿Usted me ayudará?

CATALINA: No es mi labor. Son unas malagradecidas: mandé traer buenas telas desde Rubio para que luzcan como las señoritas decentes que son. Ahora estoy concentrada en coser. Ingratas. Dejen de dormir y soñar. ¿Creen que no me entero de las estupideces que hablan? (*Toma el mantel y lo rasga*) Ese mantel está mal hecho. Agarren nueva tela y vuelvan a empezar.

CARICIAS: Como usted ordene, madre. A buena hora maldice la tonta de Malta. ¡Maldita sea esta tarde por una tortuosa fiesta! Le llevaré ese té a Odín antes de que vuelva a distraerme en mi costura.

Alborada recoge los pedazos de tela, poco a poco se van a pagando las luces.

2

Odín juega en la sala con un carrito hecho de pedazos de madera y cartón. De pronto, se empieza a sentir mal: toce y escupe sangre,

mancha un pañuelo. Adelina corre a verle, lo toma en brazos y sale con él.

Mientras lo carga, las hijas de Catalina entran platicando a la sala y cada una se sienta en su silla. Caricias observa con cautela, pendiente de qué pasa con Odín.

3

MARGARITA: Caricias, hermana, quería hacerle a mi muñeca un nuevo vestido, pero no tengo hilo. ¿Me puedes dar uno?

CARICIAS: Dile a Adelina que cuando vaya a Namiquipa, te traiga unos sin que se entere nuestra madre para que no se enoje. Tengo unas monedas escondidas de unas rosas que he vendí a un jinete que pasó por la hacienda.

ALBORADA: ¡Cómo te has atrevido a hacer eso!

CARICIAS: Estaba quitando unas hiervas malas del jardín de rosas, cuando por un hueco de la barda oí que alguien silbó, y ya, me acerqué para ver quién era y entonces fue cuando le vi. Me dijo que quería un ramo de rosas y yo se las vendí.

ALBORADA: ¡Si mi madre se entera!

MARGARITA: ¡Yo no voy a decir nada!

ALBORADA: ¡Callen! Ahí viene mi mamá

MARGARITA: Y viene muy seria.

ALBORADA: Pórtense bien niñas, no quiero que las castigue.

CATALINA: *(Toma asiento y detrás de ella Adelina carga una bandeja con té)* Sirve el yerbanís.

ADELINA: Enseguida, señora.

CATALINA: Las he reunido esta tarde, para hablar sobre el festín. Contraté a unos peones para repartir invitaciones

a personas de reconocido prestigio y categoría ante la sociedad. Por primera vez, ustedes, mis hijas más pequeñas, podrán conocer a otras personas. No deberán congeniar con ninguno de ellos, sólo mostrarán los pequeños modales. Si un joven las corteja y ustedes jovencitas corresponden a su impertinencia, en nuestro jardín sus almas pasearán dichosas por haber venido a quebrantar la calma de sus corazones. Mantengan la serenidad y ahora vayan a seguir bordando, que también faltan las servilletas. Caricias, quédate. Las demás, retírense.

Cada una se va, pero antes beben el té.

Adelina recoge las tazas.

4

CATALINA: Caricias, esta noche posiblemente será difícil.
Mañana tendremos trabajo en el jardín.

CARICIAS: Está sufriendo. ¿Hoy será? ¿Hoy lo hará?

CATALINA: Ya está hecho.

CARICIAS: ¡Pobrecito! ¡Es tan dulce!

CATALINA: Ese niño es el vivo recuerdo de lo que nos hicieron los hombres.

CARICIAS: Lo cargué en mi vientre nueve meses, ha sido difícil no poder abrazarlo, sostenerlo... aprendió a caminar y hablar gracias a Adelina.

CATALINA: Ha cargado diez años con el pecado del infame, es tiempo de darle descanso.

CARICIAS: Entonces, ¿morirá hoy?

CATALINA: Así debe ser.

CARICIAS: ¡Es mi hijo! ¡Catalina! ¡Mi hijo! (*Solloza*).

CATALINA: No seas débil. Es fruto de un acto vil. Debe pagar, debe morir. Con su muerte pagará la salvajeza de ese hombre.

CARICIAS: Aunque Odín me arrebató mi niñez, yo quiero a mi hijo. Lo has envenenado con tus hierbas durante tantos años. Está flaco, pálido, débil. Cuando viene a nosotras me quiebra verlo; mostrarme en temple es tan difícil.

CATALINA: Agallas las tienes. Te permito, Caricias, estar con él en sus últimas horas. Morirá en cualquier momento.

CARICIAS: Yo lo amaba, madre, era un hombre bueno, ¡madre! Mi hijo no debe de cargar con ninguna pena, si hablamos de pecado, yo también pequé.

CATALINA: ¡Te tomó a la fuerza! ¡Manchó la pureza de tu nombre! El sacrificio de ese niño es para pagar el pecado.

CARICIAS: ¿Y no es pecado matar?

CATALINA: La paga del pecado es la muerte.

CARICIAS: Eso lo dicta Dios nuestro Señor, no usted, madre.

CATALINA: Yo soy una madre. Una madre que ha velado por el bien de la familia. Dios me ha dado la sabiduría para actuar conforme a sus designios. Si debo de cargar con penar en el purgatorio, estoy condenada entonces.

Regresa Adelina muy preocupada.

ADELINA: Señora Catalina, perdone. Su hijo Odín vomitó rehearta sangre y perdió el conocimiento.

CATALINA: Déjalo. Gracias, Adelina, en un momento lo atenderé. Prepara nuevas sábanas y vamos a incinerar todo lo que ese pequeño cáncer ha tocado.

ADELINA: ¿Llamo al cura?

CATALINA: ¡Jamás!, ni una palabra a nadie. En esta casa nunca hubo un niño, su memoria debe ser borrada. Por eso no hay ninguna foto, ningún cuadro, ningún

retrato. Ese pedazo de carne jamás vivió, ni deberá ser mencionado en lo futuro. Retírate.

ADELINA: Sí, señora.

CATALINA: Caricias, tu hijo agoniza. Ve a despedirte de él (*Sale Caricias*). Pronto llenaré el jardín de flores. Ya empezó mi condena, no importa cómo debo saldarla. Lo que hice fue por amor a mi hija, por venganza y odio. ¡Señor, apiádate de tu sierva!

5

Se escucha el llanto amargo y desgarrador de Caricias. Las otras hijas corren a escena. Ven a Catalina, rezando de pie, y se hincan a rezar con ella.

Caricias entra a escena con su hijo en brazos y cae al suelo con él.

6

CATALINA: (*Altiva y serena frente al público*) De una extraña enfermedad ha muerto mi hijo. Su tumba entre todas prepararemos, en su memoria un rosal de blancas flores se plantará. Ni una palabra a nadie, olvidemos el recuerdo del infante. Envuelto en un lienzo lo llevaremos a enterrar. “Polvo es y en polvo se convertirá, volverá a la tierra de dónde provino”. Descanse en paz.

Oscuro.

ACTO II

En escena la estancia ha sido acomodada para la fiesta, hay sillas alrededor.

En el costado derecho está una mesa de madera cubierta con el mantel bordado, hay bocadillos y bebidas.

Las hijas están al costado izquierdo, observando. Los invitados están de pie platicando en células, algunos bailan.

Puede haber un músico tocando alguna polka.

1

CATALINA: Gentiles invitados, pasen a tomar asiento. Gracias. ¡Qué dicha es tener la honorable compañía de ustedes en esta noche! Agradezco la disposición para venir al festín. Como podrán darse cuenta, desde hace diez años no nos habíamos reunido en este salón y pido disculpas. Desde la muerte de mi marido me he sentido tan triste, que me dejé abandonar a este inmenso rincón, con la única compañía de mis hijas y mi fiel Adelina; olvidando los deberes hacia las viejas y queridas amistades. Hoy presento a mis hijas, ustedes recordarán a las mayorcitas: mi primogénita, Caricias; mis adolescentes, Malta y Alborada; y mi más pequeña, Margarita. Margarita era de meses cuando Augusto, mi amado esposo, fue asesinado. Esta noche celebramos su muerte que, aun impune, se hará justicia. ¡No se hable más! Sigamos en la fiesta.

Los músicos vuelven a tocar, las hijas se retiran a sus asientos.

RODRIGO: Catalina, veo que no ha perdido la belleza, estar en “decena” le ha servido muy bien.

CATALINA: No me expongo mucho a la luz, mi piel blanca puede arrugarse y maltratarse. Muy gentil es de darme tal cumplido.

RODRIGO: Usted siempre ha sabido cuán enamorado he estado de usted.

CATALINA: Y su esposa, ¿cómo está, don Rodrigo?

RODRIGO: ¡Quejándose, como siempre! Si no le duele un callo, arrugada está de frío. Y con sus achaques de cuarentona. ¡No la soporto!

CATALINA: Yo ando en esa edad, y ¡míreme! Tengo vida y mucha salud.

RODRIGO: En sus rosadas mejillas puedo ver lo saludable que está.

CATALINA: Aprovechando esta charla íntima. ¿Usted acompañaba a mi marido el día que lo asesinaron?

RODRIGO: (*Serio*) No, esa noche no me encontraba por estos lares.

CATALINA: Cuando Augusto se despidió, me aseguró que iba a arreglar un asunto con usted.

RODRIGO: (*Aclarándose la garganta*) Probablemente fue por las tierras que me compró. Él desconocía, quizá, que me encontraba rumbo a... la capital.

CATALINA: ¿Tierras? ¿De cuáles tierras habla?

RODRIGO: ¿De cuáles tierras? (*ríe*). No, no, no quise decir tierras, sino sierras. Sí, sierras para talar los maderales.

CATALINA: ¿Sierras? No he visto sierras aquí en la hacienda.

RODRIGO: ¿No...? Bueno... qué raro, ¿verdad?

Se acerca un joven, cantando.

EMIGDIO: Que bonito es el sol de mañana al regreso de la capital.

¡Ay, qué linda se ve mi Susana cuando va corriendo por entre el trigal!

Le entrega un ramo de margaritas a Catalina.

CATALINA: ¡Emigdio! ¡Muchacho!, cuánto has crecido.

EMIGDIO: Buenas noches, señora Catalina.

CATALINA: Te presento al Señor Rodrigo, amigo de la familia de toda la vida. ¿No se conocen?

EMIGDIO: No. Mucho gusto, señor.

RODRIGO: Un placer, joven.

CATALINA: ¿Y a que dedicas hoy tu talento?

EMIGDIO: Soy violinista, integro un cuarteto profesional de cuerdas y he tenido el honor de viajar por algunas ciudades importantes.

CATALINA: ¡Quién lo dijera! De Buenaventura para la república. De mozo de cuadra, a músico profesional.

EMIGDIO: Gracias a lo sucedido en aquel entonces, decidí cambiar fortuna y me dediqué a estudiar.

CATALINA: Mi hija te recuerda como si fuera ayer.

EMIGDIO: Debe estar muy hermosa.

CATALINA: Y antes fue más bella, cuando adolescente. ¿La recuerdas Emigdio? Rodrigo, este joven era un íntimo amigo de mi hija, Caricias. Acostumbraba venir a jugar con ella. Se divertían tanto entre las monturas y las pacas de alfalfa. No sé qué cualidades veía Caricias en ti, si siempre tenías ese hedor a estiércol. ¡Cómo pasa el tiempo! De la inocencia a la malicia. De conocer el bien y atraer al mal.

RODRIGO: Esta mujer es una dama de las letras. ¿Aun escribes?

CATALINA: He escrito poesía y algunos cuentos, están en mi estudio, bien atesorados.

EMIGDIO: Desconocía ese talento.

CATALINA: Creo no me llegaste a conocer, Emigdio. Es triste enterarse de tan buenos talentos y tan bajas pasiones. En fin, ¡sigamos con la fiesta! Lamento dejarlos caballeros, deseo saludar a otros invitados que tanto tiempo tengo sin verlos. Permiso.

AMBOS: Pase usted, señora.

Catalina se acerca a una señora que baila, sensual, con un joven, viste en desacuerdo con su edad.

CATALINA: ¡Julissa! ¡Mi amiga, Julissa! Qué dicha verte en esta noche. Disculpe, caballero, que se la robe por un instante. Julissa, ¿cómo estás?

JULISSA: Excelente, mira el joven que me conseguí: lo conocí la semana pasada en un salón de baile nuevo que abrieron en la capital. Es tan jovial que me hace sentir en mi juventud.

CATALINA: ¿Y el mes pasado con quién andabas? ¿Ya dejaste al cartero?

JULISSA: Ya ni me acordaba de ese manco, no me satisfacía. No era como tu marido.

CATALINA: ¿Disculpa?

JULISSA: Tu marido se portaba contigo como todo un hombre.

CATALINA: No disimules, Julissa, estaba consciente de sus quereres:apestaba a loción barata cuando llegaba a la hacienda. Sé que su piel tenía caricias ajenas, y yo embarazada de Margarita. ¿No te dabas cuenta de cuanto hacías añicos nuestra relación? Yo lo amaba; tú sólo lo hacías en mi contra... te llevaste mi vida con él; pero no hablemos de tiempos pasados, no podemos sacarlo vivo de su tumba peleándonos. Te perdono y te considero mi amiga.

JULISSA: ¡Sólo me invitaste para echarme en cara tu odio!

CATALINA: ¡No te vayas, mi marido te dejó parte de herencia y hoy debo entregarla!

JULISSA: ¿Dinero?

CATALINA: Y de los grandes, así que trágate tu incomodidad y espera para el fin de la velada. Disfruta tu

galán, mañana en el jardín puedes despertar en un rincón con él al amanecer. Sólo no te enredes en la hiedra, que esa sí es venenosa. Permiso.

2

Un caballero muy bien vestido se acerca a Catalina.

LUIS JOSE: ¡Catalina!

CATALINA: Buenas noches, caballero.

LUIS JOSE: Recibí con gusto su invitación, ha sido muy generosa.

CATALINA: Perdone, pero no lo recuerdo.

LUIS JOSE: Soy Luis José Cárdenas.

CATALINA: El fiel chofer de mi marido, ya lo recuerdo. Fue difícil encontrarlo. Bonita quinta compró en Delicias.

LUIS JOSE: Aprendí el mundo de los negocios.

CATALINA: La vida lo ha tratado muy bien, después de todo. Creo que no necesitará la herencia que mi esposo ha dejado para usted, su más estimado cochero.

LUIS JOSE: ¿Herencia?

CATALINA: Debían pasar diez años para repartir la herencia a sus amigos, pero veo que, desde la muerte de mi esposo, usted amasó fortuna. ¿Sabe? Cuando un hombre se vende por la sangre de un valiente, el oro es polvo maldito. Es grato saber que usted haya hecho dinero mediante tratos limpios. Sé que es un importante accionista de una empresa nacional. Siéntase en confianza esta noche y disfrute. Mañana será muuuuy rico y podrá comprar otras acciones.

LUIS JOSE: Es una velada formidable, espero pudiera haber venido mi esposa, pero se sintió indispuesta. La conocí en uno de mis viajes de negocios a Juárez. Estaría fascinada

en conocer la hacienda, espero pronto pueda un día venir a visitarle y lleguen a ser amigas.

CATALINA: ¿Amigas? ¡Ah, que mi cochero tan simpático! ¡Lástima que Terrero está a leguas de su casa! Será un placer enorme recibirle cuando conduzca hacia estos caminos de tierra. Espero no le traiga malos recuerdos andar entre la terracería.

LUIS JOSE: Con que mi mujer sea feliz, yo viajo hasta el fin del mundo.

CATALINA: Fue un placer que haya sido el chofer de mi difunto marido. Con su permiso, veo que me faltan otros invitados por saludar.

3

Se acerca Rodrigo a Luis José.

RODRIGO: Así que también usted fue invitado.

LUIS JOSE: Sí. Y me da gusto volver a estos círculos, los extrañaba.

RODRIGO: Entró ahora por la puerta grande. ¿Quién iba a pensar que un pobre chofer asistiera a una fiesta así?

LUIS JOSE: La fortuna siempre está a la esquina y hay que abrirle la puerta antes de que se vaya.

RODRIGO: ¿Aunque esta esté manchada de sangre? Con permiso y siga disfrutando.

4

MALTA: Caricias, ¿no es ese el joven que antes venía a jugar contigo?

CARICIAS: Sí, es él.

MALTA: ¡Ve a saludarlo!

CARICIAS: No puedo, no tenemos permitido hablarles a los invitados.

MALTA: Es apuesto. Yo quiero ir a saludarle.

CARICIAS: No vayas, evítalo.

MALTA: Creo que ahí viene.

EMIGDIO: ¡Caricias, tanto tiempo!

CARICIAS: El tiempo es amigo cuando no te das cuenta lo lento que pasa.

EMIGDIO: Deseo hablarte a solas.

MALTA: Voy por bebida, ¿gusta algo de tomar?

EMIGDIO: Lo que sea.

Malta se retira.

CARICIAS: ¿Qué quieres?

EMIGDIO: No he dejado de pensar en ti. ¡Nunca!

CARICIAS: Eres un sínico. Tuve que mentir a mi padre para que no vaciaran su coraje sobre ti, ¡dije que me habían violado!, que me ultrajaron para que no me obligara a casarme o a ti te hiciera daño.

EMIGDIO: Éramos muy niños, yo tenía sueños.

CARICIAS: ¿Crees que yo no?

EMIGDIO: Pero tú eres mujer y siempre podrías estar en la casa. Yo no. Yo quería ser alguien. Casado me amarraría para siempre a la vida de campo, detrás de un establo. Lo único que sabía era de vacas y caballos.

CARICIAS: ¿Fui tu cualquiera entonces? ¿Una que limosneó amor, un beso, una caricia? Ahora entiendo el miserable futuro que hubiera tenido nuestro hijo.

EMIGDIO: ¿Nuestro hijo? ¿No fuiste con la partera como habías dicho?

CARICIAS: Mi madre se enteró y no me dejó. Nueve meses de tormento. Desde entonces este encierro, sin poder

salir, sin poder hablar de mi pena. ¡Sin poder abrazar a mi hijo! ¿Sabes lo que se siente tener un hijo y no poderlo besar? ¡No poderlo ayudar! Te odio Emigdio. ¡Te odio!

EMIGDIO: Catalina me amenazó. Dijo que quemaría la casa de mi abuela si no me alejaba de ti. Por eso me fui.

CARICIAS: Si tanto te importaba, si me querías como decías, nada te costaba haberme llevado. Cuando mi madre se dio cuenta que estaba en cinta, me obligó a decir quién era el padre; fue cuando dije que un bandido entró a la hacienda y me tomó a la fuerza.

EMIGDIO: No sabía, de verdad... lo siento mucho... ¿en dónde está?

CARICIAS: ¡Está muerto, Emigdio! (*Empieza a llorar*).

CATALINA: ¡Caricias! ¿Qué haces? Te la robo, Emigdio.

CARICIAS: ¿Por qué alejó a Emigdio?

CATALINA: ¡Ahora no es tiempo de alegar estupideces! ¡Lávate la cara y regresa sin hablar con nadie!

5

JOAQUIN: ¡Catalina!, ¿me permite esta pieza con usted?

CATALINA: ¡Por supuesto!

Mientras la pareja baila, Caricias se va a su habitación.

Emigdio, confundido, se sienta.

CATALINA: Esta noche tengo algo preciado para ti, querido amigo.

JOAQUIN: Me gustaría recordar viejos tiempos.

CATALINA: Los viejos tiempos ya pasaron, Joaquín. Tiempo que se va, tiempo que no regresa.

JOAQUIN: Fuiste muy dura conmigo.

CATALINA: ¿Qué esperabas? Me tomaste por la fuerza estando mi marido en casa, ¡tu mejor amigo! ¡Me violaste, infeliz!

JOAQUIN: Te hice el amor, tú lo querías.

CATALINA: No tenías derecho de tocarme.

JOAQUIN: Pero te gustó, ¿no es así?

CATALINA: Me degradaste y tuve que callar el hecho a mi amado esposo. ¿Creías que era como las mujeres de la casa de Chonita? Siento asco por cualquier hombre desde entonces. Por más que me bañé no dejé de sentir tus asquerosas manos, tu lengua. Cuando sepulté a mi amado marido, volviste por la noche, aún recuerdo la amenaza de tomar a mis hijas si no accedía a tu mal acto. Ahora no te temo, y no te denunciaré. Si recibiste invitación es que mi marido dejó algo para ti en su testamento. Sólo mantén tu bragueta arriba y las manos lejos de mí y de mis hijas.

Catalina se retira, dejando el paso a Emigdio que se acerca despacio.

6

EMIGDIO: ¡Don Joaquín!

JOAQUIN: Mi buen muchacho, ¿se está divirtiendo?

EMIGDIO: Sí... ¡tantos recuerdos en esta casa! Toda mi infancia.

JOAQUIN: Siempre es bueno volver a las viejas andadas.

EMIGDIO: ¿Sabe usted algo sobre la herencia que dejó el difunto?

JOAQUIN: ¡No! Apenas me enteré. ¿Sabe, joven? Es mejor que Catalina no nos vea juntos.

LUIS JOSE: ¡Mi querido Joaquín!

Le entrega un caballito lleno de tequila.

JOAQUIN: ¡Luis Pepe! ¡Salud!

LUIS JOSE: ¡Salud!

JOAQUIN: ¡Brindo por los muertos! Benditos muertos que descansan en silencio, porque si hablarán, ¿cuántas cosas no dirían?

LUIS JOSE: ¡Brindo por quienes jugaron con el juguete prohibido, mientras el niño se distraía! ¡Salud!

JOAQUIN: Mi estimado, ¿disfrutó su dinero?

LUIS JOSE: Sí, lo estoy disfrutando y he vuelto por más.

JOAQUIN: ¿Más?

LUIS JOSE: Ya que estamos aquí en confianza, si desea que siga en silencio, sólo le pido la mitad de su herencia.

JOAQUIN: Muy inteligente el hombre. Primero habrá que ver qué me correspondió: quizá heredé a la mujer; después de todo, usted heredó un coche que bien sabe manejar.

LUIS JOSE: Cualquier cosa que sea, exijo la mitad. Si no, aquí aviento la sopa.

JOAQUIN: Usted ninguna sopa avienta, que antes le va a hacer compañía al muertito. Lo que pasó hace diez años, enterrado se quedó.

LUIS JOSE: Esperemos la fortuna. Quizá el viejo, después de todo, nos agradeció con bondad nuestra lealtad en vida, las rencillas a volar.

RODRIGO: ¡Caballeros! Estimados compañeros de otra vida. ¡Diez años sin encontrarnos!

LUIS JOSE: Como prometimos aquella noche.

JOAQUIN: Y el pacto, después de hoy, así seguirá.

RODRIGO: ¿Ya vieron a la Julissa?

JOAQUIN: ¿Qué le habrá visto el patrón? ¡Nada como Catalina!

RODRIGO: Seguro tendrá “gracias”.

LUIS JOSE: ¡Traviesa!

Los tres hombres ríen.

7

Catalina se sitúa en el centro del salón e inicia a declamar.

CATALINA:

¿Cuánto durarán los días?

No lo sé.

Recuento

de tiempos perdidos,

de sueños

olvidados o atrapados

en un cajón

de caricias teñidas

con lazos

de adiós y despedidas.

Días de amor y amigos

se han extinguido por el daño

de la sangre vertida,

por las venas divididas

con un puño de metal

corrupto y transgredido.

Brindo por la hora de mi muerte

¡Salud!

Adiós a mis recuerdos,

adiós a mis tormentos,

adiós a mis enemigos.
muero lentamente,
contemplo las lágrimas carmesíes
de mis muñecas,
es sólo el fin,
¿o acaso, inicio el camino?

Los invitados aplauden.

8

ALBORADA: ¡Caricias, estoy aburrida!

MARGARITA: ¡Ya me quiero dormir!

MALTA: Nuestra madre no nos dejará ir a dormir hasta que
hagamos lo que nos ha pedido.

MARGARITA: ¿Te has dado cuenta que nos miran muy
raro?

CARICIAS: Déjenles, así es esta gente. Envidian su belleza.

MALTA: Esa mujer, ¡que desagradable!

ALBORADA: ¿Así son las mujeres del pueblo?

CARICIAS: No. Ella es así.

MALTA: Y pura gente grande. Mi madre debió de haber
invitado a chicos.

CARICIAS: ¿Para qué? Si van a crecer y serán igual de
aburridos como los señores que ven ahí bebiendo.

ALBORADA: Voy por mi muñeca.

MALTA: No tardes.

JULISSA: ¡Niñas! ¡Que bonitas señoritas!

CARICIAS: Tanto tiempo.

JULISSA: ¡Sí! Diez años. ¿Soltera todavía?

CARICIAS: Sí.

JULISSA: ¿Y tú sin novio, chiquilla?

MALTA: Sí.

JULISSA: ¡Qué aburridas! Mira, corazón, unos añitos más y seguro a Santa Rita irás a pasear a los santos. No quisiera que anduvieras ahí amargada rezando: búscate un buen macho, aunque sea para que te deje un hijo.

CARICIAS: ¿Usted tiene hijos?

JULISSA: No. No sirvo para ser madre. Mi vientre es seco.

MALTA: Es triste oírlo.

JULISSA: (ríe) ¿Triste? (ríe). Es un don. No me imagino de joven andar cargando chilpayates. Tú, jovencita, estás en edad de llenar con hijos esta hacienda. Tanto cuarto, tanto patio y solo. ¿Para qué? Le hace falta risas, ¡vida! Esto es una cripta y su madre una mojigata.

ALBORADA: ¡No hable mal de mi madre!

JULISSA: No hablo mal de nadie. Sólo digo la verdad.

9

RODRIGO: ¡Julissa!

JULISSA: ¡Me llaman, niñas! ¡Recuerden! ¡Vivan su vida! ¡Llenen de vida!

RODRIGO: Llena de vida tú estás.

JULISSA: Los hombres me dan vida, querido. Bebo su vida.

RODRIGO: Al patrón sí que le bebiste la vida.

JULISSA: No hablemos de los difuntos. Mira que dicen que aquí andan.

RODRIGO: ¿Ah, sí?

JULISSA: Esta hacienda huele a muerto.

RODRIGO: Yo no creo en eso.

JULISSA: Pues créelo. ¿Has mirado el jardín? Está lleno de flores amarillas.

RODRIGO: ¿Y?

JULISSA: Son almas escondidas en el traspatio. Deberías de mirar las rosas. Las rosas son rojas, tan rojas como la sangre que se han bebido.

RODRIGO: Esa es pura leyenda.

JULISSA: ¿Cómo crees que se ha mantenido rica esta vieja? ¡Bruja que es!

RODRIGO: El difunto seguro la dejó con bastante billete.

JULISSA: No estoy pendeja, Rodrigo: *yo* soy de mundo. Sé de cosas. He visto la forma en que unas mujeres en Carrizal, Naica y Batopilas, con yerbas hacen cosas. Y aquí crecen esas yerbas.

EMIGDIO: No pude dejar de oír lo que dicen. Es cierto. Aquí hay maldad.

RODRIGO: Maldad sí hay, ¿pero brujería...?

EMIGDIO: Yo llegué a ver a Catalina haciendo cosas en el jardín.

JULISSA: ¿Ves?

RODRIGO: ¿Como qué?

EMIGDIO: Entierros de cosas. Sobre cada entierro planta algo. Sobre todo, rosas.

RODRIGO: Ella siempre ha cultivado rosas.

EMIGDIO: ¿Por qué cree que son tan bellas?

JULISSA: Ahora que recuerdo, cuando no estaba el difunto, venía gente a verla. Supe que le pagaban con joyas de oro y plata.

RODRIGO: ¿Plantas?

JULISSA: ¡No! ¡Encargos!

EMIGDIO: Adelina debe de saber.

RODRIGO: Yo iré a fumar un faro. ¿Gustan?

JULISSA: Vamos.

10

MARGARITA: (A Joaquín) ¡Hola!

JOAQUIN: ¡Hola, pequeña!

MARGARITA: ¿Usted era amigo de mi papá?

JOAQUIN: ¡Sí!

MARGARITA: ¿Y cómo era?

JOAQUIN: Pues... era... un buen hombre. Muy trabajador.

MARGARITA: ¿Sí? Mi mamá dice que trabajaba mucho y por eso se murió. No es bueno trabajar mucho, porque la gente muere, ¿verdad? ¿Usted trabaja mucho?

JOAQUIN: No, ya no. Desde que murió tu padre, trabajo menos.

MARGARITA: Seguro se dio cuenta que trabajar mucho es malo. ¿Y en qué trabaja?

JOAQUIN: Yo, pues... yo... soy un importante empresario.

MARGARITA: ¿Qué es eso?

JOAQUIN: Ah, pues tengo un negocio, donde gano mucho dinero.

MARGARITA: ¿Cómo se llama su negocio?

JOAQUIN: En si no le tengo nombre. La gente le llama de muchos nombres. Es una casa, entonces... pues la gente le pone nombres.

MARGARITA: ¿Trabaja en una casa?

JOAQUIN: No, no, no así. Yo no trabajo ahí, pero es como una casa. ¿Extrañas a tu papá?

MARGARITA: No sé.

JOAQUIN: ¿No sabes?

MARGARITA: No. Es que, ¿cómo extrañas a alguien que ni si quiera conoces?

JOAQUIN: Entiendo. Entonces como ya me conoces, ¿me extrañarás?

MARGARITA: Tal vez.

JOAQUIN: ¿Tal vez?

MARGARITA: Sí, porque como nada mas hoy le he visto, quizá lo olvide.

JOAQUIN: ¡Oh!

CARICIAS: ¡Margarita! ¿Y tu muñeca?

MARGARITA: La dejé en mi cuarto.

CARICIAS: ¡Ve por ella!

JOAQUIN: Que hermosa estás, Caricias.

CARICIAS: Gracias por el cumplido, don Joaquín.

JOAQUIN: ¿No te aburre estar aquí encerrada?

CARICIAS: La verdad no. Me siento segura.

JOAQUIN: Si la vida fuera diferente, te daría trabajo.

CARICIAS: ¡No! ¡Jamás! ¡Cómo se atreve! ¡Insolente! (*Le da una cachetada y se aleja indignada*).

Música en el salón, algunos bailarán, mientras se va cerrando el telón.

ACTO III

Los actores de la obra, conservando su personaje, bajarán al público y entregarán un trago de vino a los asistentes, dando la instrucción que lo beban a la indicación de la obra.

Catalina observará desde el proscenio, saludando y agradeciendo por estar en su festín.

Mientras esto ocurre, se puede escucharse algún chotis de fondo.

Cuando los actores terminen de repartir, volverán al escenario y rodearán a Catalina en un semicírculo.

Los músicos (en caso de que haber tenido), ya no estarán en escena.

1

CATALINA: Mis queridos amigos, brindemos por lo que llamamos amistad.

TODOS EN VOCES DISPERSAS: ¡Salud Catalina! ¡A tu salud!

CATALINA: Uvas de mi viñedo, añejado un poco. Espero guste. Un buen vino, siempre es amigo que acompaña en las penas.

Vino tinto.
En tu tinta roja despiertas
la sed de querer.
Embriagador néctar
que disfruto en el cristal
de una vieja copa.
Espíritu abrazador,
lleva mi dolor hacia el olvido.
Guarda tu aroma añejo
el travieso desdén de vivir.
A contra luz difuminas
fantasmales caricias
que alborotan mis sábanas
febriles por tu ausencia.

¡Oh, mi apreciado vino!,
toma a tu sierva esquivada
y clava la nota amarga
en la alborotada sentencia
del deguste briago.

VOCES DISTINTAS: ¡Salud! ¡Salud, Catalina!

RODRIGO: ¡A tus pies, mi señora!

CATALINA: ¡Gracias, Rodrigo!

EMIGDIO: ¡Bellas letras, embriagadoras!

Adelina, con ayuda de Caricias y Malta, sirven de nuevo vino a los actores.

JULISSA: Alguna gracia deberías tener, mujer, me encantaría poder llevarte a “La Paz” en la capital, entre risa y bebida encontrarías admiradores.

LUIS JOSE: Yo podría llevarlas.

JOAQUIN: No se diga más. Todos iremos a la capital.

CATALINA: No puedo dejar a mis hijas solas, pero gracias.

JOAQUIN: Quiero brindar por los momentos de ayer, lo bueno y lo que vendrá.

EMIGDIO: Yo brindo porque el regreso a donde se fue feliz, es siempre una bienaventuranza.

RODRIGO: Brindo por la belleza de nuestra anfitriona.

JULISSA: Brindo por que estemos en paz.

CATALINA: Beban del vino y disfruten, estimados. ¡Salud!

Todos responden con un efusivo “Salud”, Catalina los contempla con la copa alzada, ella no toma de su copa, observa gustosa.

2

CATALINA: Ya es casi de madrugada. Y, como lo ha dispuesto mi marido en su testamento, cada uno de

ustedes recibirá lo que le pertenece. Mis hijas vienen con un pequeño tesoro que les he guardado celosamente en agradecimiento a su infinita amistad.

Las hijas de Catalina se colocan a un lado de ella con un cofre de madera cerrado.

CATALINA: Niñas es hora de abrir los presentes.

Cada una irá dando un paso al frente, abrirá el cofre y leerá una leyenda que se guarda adentro del mismo.

CARICIAS: “Estimado Emigdio. Por sus injurias ante mi hija Caricias, por haber tomado la inocencia de mi hija robando su virginidad, yo, Catalina, le heredo un lugar en mi jardín de rosas, su tiempo esta medido. Maldito seas en esta casa. Tu lugar es la tierra bajo el corral de marranos”. *(Le entrega el cofre)*

EMIGDIO: ¿Es una broma?

CATALINA: ¿Broma? ¿Fue acaso una broma cuando ensuciaste la reputación de mi hija?

EMIGDIO: Yo la amaba.

CATALINA: Pero faltaste a su honor. Te abrí las puertas de esta casa cuando viniste mendigando por un pan para ti y tu abuela, te vendiste como huérfano y así nos pagaste.

MARGARITA: “Estimado Joaquín. Por haberme tomado como su ramera y ser cómplice del asesinato de mi marido, le heredo un lugar en mi jardín de rosas; ahí entre la nopalera tendrá su última morada y no estará solo, su retoño lo acompañará pronto”. *(Le entrega el cofre)*

JOAQUIN: ¿Retoño?

CATALINA: Tenemos una hija. Una linda niña que no mereció tu apellido. Mi marido estaba enterado. ¿A caso no te reclamó y por eso decidiste deshacerte de él?

JOAQUIN: ¡Pero qué idea tan absurda! ¡Yo no lo maté!

CATALINA: ¿No? Pero yo a ti sí, hoy.

MALTA: “Mi querida Julissa. No cometerás adulterio, no matarás, no levantarás falso testimonio. Muchos mandamientos quebrados para una mujer que, después de pecar, se confiesa y comulga en alguna catedral. Mentiste sobre los hechos de la muerte de mi esposo, como también mentías cuando venías a visitarme. Hoy descansarás en el infierno: disfruta tu herencia en mi jardín de rosas; sobre ti brotará una fuente de agua limpia para que lave tus pecados”.

JULISSA: ¡Maldita perra! ¡Bruja! Iré a la policía, te delataré.

CATALINA: ¿Y la elegancia? Dejas al fin ver que saliste de las cantinas. ¡Cabaretera barata! ¡Qué miedo! Yo también puedo delatarte, ¿crees que nunca me di cuenta de lo que le hicieron a mi marido?

JULISSA: ¡Nadie ha causado daño a alguien en esta casa!

Los invitados se empiezan a quejar del estómago.

CATALINA: Veo que debo apresurarme. Ustedes fueron los malditos asesinos de mi marido. Sé que se lo llevaron con engaños para asesinarlo. ¡Cobardes! ¿Creyeron que se quedarían con sus tierras? ¿Con sus haciendas? ¡Qué gran error! Ni siquiera tenían derecho a una parcela o a una yunta de bueyes, se quedaron con una mano enfrente y otra atrás.

EMIGDIO: ¡Un médico! ¡Necesito un médico!

JULISSA: ¡Tenía razón en lo que pensaba de ti, Catalina! ¡Bruja!

CATALINA: Hoy quiero que disfruten mi venganza. Les he envenenado. Todos ustedes morirán aquí, donde, hace mucho, Catalina Durán murió. Lo que ven es su cuerpo, sin alma ni consideración. Mi jardín embellecerá con su carne putrefacta; abonarán los pastos y mis rosas. ¡Jamás los encontraran! ¡Nadie reclamará por ustedes, porque están más solos que un ánima que ronda la sierra!

Los invitados empiezan a babear y a retorcerse con calambres.

CATALINA: ¡Qué espectáculo están dando! ¡Mírense! Tan altivos, tan soberbios; sólo son carne y alma. ¡Hijas, a cavar los pozos! Mi venganza aún no ha sido consumada, apenas inicia.

JOAQUIN: Nosotros no hicimos nada.

CATALINA: ¡Cobardes hasta el último momento! Tú, Joaquín, le pediste a mi marido que sacara de la ruina a tu rancho. Él te ayudó con lo que teníamos ahorrado para darle una buena educación a nuestras hijas, ¿y después? ¡Más dinero pediste!, ¡Para cubrir una deuda de juego, en la cual Rodrigo había apostado tu rancho!

RODRIGO: (*Agonizando*) Era el rancho o mi vida, y tu marido nos ayudó. Por su avaricia cobró antes de que la primera letra venciera, ¡quería que tú no te enteraras! No teníamos cómo pagar. Le pedí a Luis José que llevara a un entronque a tu esposo, Julissa estaría, acompañada de Emigdio, con el neumático pinchado. Supondría que se detendrían a ayudar... ahí Emigdio disparó.

EMIGDIO: ¡Porque me atacó! Dijo que debía regresar al pueblo a casarme con Caricias. Yo no me iba a ser responsable. ¡No quería disparar! ¡Si no se me hubiera ido encima!

CARICIAS: ¡Tú mataste a mi padre!

LUIS JOSE: ¡No es verdad! Desde un principio tú dijiste que ibas a matarlo y luego vendrías por Catalina, pero te detuvimos y te pagamos muy bien para que guardaras silencio. Con ese dinero hiciste una vida, ¡hasta músico te volviste!

CARICIAS: ¡Maldito desgraciado! ¡Gracias madre, por haberme arrancado a la simiente de este mal parido!

CATALINA: Ese niño pagó con su vida el pecado que hicieron, ahora, Emigdio, pagarás tu propio pecado.

ALBORADA: (*Leyendo el cofre*) "Joaquín. Mi querido Joaquín. Hoy te reunirás con mi esposo para que frente a frente aclaren sus deudas. Enterraré tu cuerpo donde crecerán rosas matizadas de rojo y amarillo, como recuerdo que una vez comiste el fruto prohibido".

JOAQUÍN: Tienes a tu marido en un altar, ¿pero te has preguntado qué hizo?

LUIS JOSE: Él tuvo otra familia. ¿Para qué venerarlo? También la otra mujer ha sufrido miserias y hambres. Ella y sus hijos vendrán un día a reclamar lo que les has negado.

CATALINA: ¡Yo no les he negado nada! ¡No lo tienen, porque son unos bastardos! ¡Ella es una mugrosa de Cuauhtémoc! Querían plantar manzanas a cuestras del dinero de mi esposo, ¡pues que vivan ahora de sus manzanas! ¡Que vendan empanadas y pasteles! ¡Yo soy la única mujer! ¿Por qué no se apiadan de mi dolor? ¿Por qué de ella sí y de mí no?

JOAQUÍN: ¿Sabes de los tratos que hizo con los menonas? ¿De los negocios que hizo con personas grandes de la capital? Hay muchos que no lo querían con vida. Y si él estorbaba, también tú les estorbas, mujer. Te han dejado en paz, ¡pero vendrán y te quitarán todo, hasta el último ladrillo arrasarán!

EMIGDIO: ¡Tus hijas son carne de cañón! Con ellas se pagarán.

RODRIGO: (*Saca una pistola*) ¡Vete al infierno, Catalina!

CATALINA: Infierno he vivido diez años. Y tú Luis Pepe, te entrego este cofre, enterraré tu cuerpo bajo el coche que maneja, donde debiste proteger a mi amante esposo, pero con traición haz arrancado mi venganza hacia él, debí yo ser quien le haría la vida imposible por sus

infidelidades y sucios tratos, ese hombre merecía morir bajo mi mano, y no por ustedes. ¡Infelices!

JULISSA: (*Hincada*) ¡Perdóname Catalina! ¡Te suplico mi perdón! ¡Por favor!

Justo cuando Julissa corre a suplicar a Catalina, Rodrigo dispara y hiere a Julissa.

3

Después de retorcerse y algunos aventar espuma por la boca, yacen sobre el suelo.

Catalina y las hijas observan el cuadro.

4

Adelina entra con tres palas. Entrega una a Catalina; otra a Caricias; la última a Malta.

Catalina se dirige a proscenio y mira al infinito.

CARICIAS: Nuestra madre ha vengado su suerte y la nuestra.

MALTA: ¡Ha sido esto un terrible error!

CARICIAS: Mírala... está en paz. Tiene tanta calma que me da miedo.

ALBORADA: ¿Y ahora qué hacemos?

CARICIAS: Ustedes nada. Mañana otro día nos espera, como nos ha esperado cada amanecer.

MARGARITA: Caricias, hermana, ¿crees que al fin podremos salir?

CARICIAS: No lo sé... ¡que se haga la voluntad de nuestra madre!

MALTA: Mañana me iré. Saltaré la barda. No me importa si me mata en el intento, pero debo salir.

ALBORADA: Tenemos otros hermanos, ¿verdad?

CARICIAS: Sí.

MALTA: ¿Los conoces?

CARICIAS: Sí. Ella es buena mujer. Llegué a ir con nuestro padre a su ranchito. Me servía café con empanadas. Su nombre es Justa.

MARGARITA: ¿Y conoces a sus hijos?

CARICIAS: Sí: Felipe y Dolores. Son gemelos. Felipe es quien ha venido a llevarse las rosas. Dolores las vende.

MALTA: ¿El jinete?

CARICIAS: Ese.

MALTA: Entonces... ¡Ya están grandes! ¡Oh, pobre mamá!

ALBORADA: Me da miedo. Siempre me ha dado miedo ella. Ahora me da más.

CATALINA: (*Volviendo en sí*) Ahora ya somos libres, hijas mías. Mañana saldremos al sol. Veremos la luz. Respiraremos la vida.

5

Adelina entra con una bandeja con tazas de té ya servidas. Hace una indicación a las niñas que no lo beban.

Catalina no se da cuenta y mira hacia el público. Sonríe y bebe en complicidad con el público.

CATALINA: Mañana, Adelina, enterrarás nuestros cuerpos. Vayan, niñas, a dormir a sus cuartos. Son libres, mis mariposas. ¡Libres!

Las niñas salen de escena, llevando la taza de té sin haber probado un trago.

6

Catalina saca un objeto afilado de su ropa. Se sienta frente al público y se lastima.

CATALINA: No he matado a mis hijas, sólo les he dado otra vida: ellas están vivas, ¿verdad que son hermosas? No dejaré que un hombre les perturbe su vida para humillarlas y despreciarlas, que las tome como su pertenencia y las convierta en un objeto que, al final, ni siquiera sirva para el placer. No soy una mala madre, yo soy sólo una mujer que fue lastimada... por favor, no me acusen: no están muertas, viven ahora eternamente.

7

Por entre el público saldrán las hijas acompañadas de Adelina, cada una cargando una maleta.

ADELINA: ¡Vamos mis niñas! ¡No volteen! ¡Alcanzaremos el tren de las seis!

8

En escena queda Catalina con sus muertos. Se escucha una voz en off.

VOZ:

Brindo por la hora de mi muerte

¡Salud!

Adiós a mis recuerdos,

adiós a mis tormentos,

adiós a mis enemigos.

Muero lentamente,

contemplo las lágrimas carmesíes

de mis muñecas,
es sólo el fin...
¿o acaso, inicio el camino?
Se cierra el telón.

FIN

*Morir: dormir, nada más. Y si durmiendo terminaran las
angustias y los mil ataques naturales herencia de la carne,
sería una conclusión seriamente deseable.*

— HAMLET, ACTO III, ESCENA I². W. SHAKESPEARE.

2. William Shakespeare. Hamlet. Traducido por José María Valverde, Ediciones Cátedra, 2005.





Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

